



Nova Tellus

ISSN: 0185-3058

novatelu@servidor.unam.mx

Centro de Estudios Clásicos

México

CARBÓN SIERRA, Amaury B.
Varona y sus ideas sobre la enseñanza del latín y del griego
Nova Tellus, vol. 22, núm. 1, 2004, pp. 183-197
Centro de Estudios Clásicos
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59114741008>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Varona y sus ideas sobre la enseñanza del latín y del griego

Amaury B. CARBÓN SIERRA

RESUMEN: Esta exposición se centra en uno de los aspectos más polémicos y censurados de la actuación pública, en Cuba, de Enrique José Varona y Pera, es decir, la supresión del griego y el latín en la Reforma de la Segunda Enseñanza, de 1900. Se muestra que el Plan Varona no pretendía suprimir el estudio del griego y el latín simplemente, sino ubicarlo en las carreras literarias o filológicas.

* * *

ABSTRACT: The essay deals with one of the most blamed and polemical aspects of the public measures taken by Enrique José Varona y Pera in Cuba, i.e. the suppression of Greek and Latin envisaged in the educational reform that he carried out in 1900. The 'Varona Plan' tried not to eliminate the study of classical languages, but to place it in literary or philological courses.

PALABRAS CLAVE: clásica, enseñanza, griego, latín, tradición, varona.
RECEPCIÓN: 24 de febrero de 2003.
ACEPTACIÓN: 25 de octubre de 2003.

Varona y sus ideas sobre la enseñanza del latín y del griego

Amaury B. CARBÓN SIERRA

Enrique José Varona y Pera (Camagüey, 13, IV, 1849 - La Habana, 19, XI, 1933) es una de las grandes personalidades de las letras cubanas. Hombre de vastísima cultura, desenvolvió su quehacer intelectual en campos tan diversos como la crítica, el ensayo, la oratoria, el periodismo, la poesía, la filosofía, el magisterio y las funciones públicas, en las que desempeñó los cargos de secretario de Educación del Gobierno Interventor y vicepresidente de la República. Muchas denominaciones podrían aplicarse a las variadísimas manifestaciones de su personalidad intelectual. Baste, sin embargo, para englobarlas todas, la de humanista con la que se refirió a él el orador y ensayista Rafael Montoro en el “Prólogo” al *Homenaje a Enrique José Varona*, de 1931. Razones le sobraban: por su formación clásica, por su gusto por el latín y el griego y por su amplitud mental, Varona fue, entre otras cosas, o por encima de todas, un superviviente de la época del Renacimiento, un representante del *uomo universale*, su tipo humano ideal. Con esa visión reafirmó los valores del espíritu, miró a su patria y al mundo, y actuó en consecuencia como hombre de su tiempo.¹ Maestro de la dignidad ciudadana, de la pureza cívica, del heroísmo civil, lo llamó certeramente el ensayista José María Chacón y Calvo. Como tal, lo honraron las juventudes de Cuba y de América en el primer tercio de este siglo.

¹ Bisbé, Manuel, “Varona y los clásicos”, en *Universidad de La Habana*, 94-96, enero-junio, 1951, p. 79.

No voy a referirme aquí a la formación clásica de Varona que, como dijera Manuel Bisbé, queda fuera de toda discusión. Paso por alto, por lo tanto, sus estudios; su primer libro de poesías, *Odas anacreónticas*, publicado en El Fanal, Puerto Príncipe en 1868, que incluye traducciones, imitaciones y poemas originales; los numerosos artículos de tema clásico o filológico; las constantes alusiones, citas y referencias al mundo grecorromano en todas las etapas de su vida; las decenas de traducciones del latín, en su mayoría inéditas, y la vigencia —más de un siglo después— de sus estudios “Los Menecmos de Plauto y sus imitaciones modernas”, de literatura comparada, y “El iotismo en la pronunciación del griego clásico”.

Quiero centrar mi exposición en uno de los aspectos más polémicos y censurados de su actuación pública: la supresión del latín en la Reforma de la Segunda Enseñanza, de 1900, a su cargo, conocida como Plan Varona, por encontrarse ésta en el centro de sus concepciones sobre las lenguas clásicas. Tal decisión ha puesto en tela de juicio o desvirtuado la imagen como latinista del camagüeyano, por más que prestigiosas personalidades hayan considerado justa e impostergable su medida, de acuerdo con el momento histórico concreto en que tuvo lugar. Veamos algunos de esos juicios.

En 1937, en su conferencia “Correría sobre los elementos históricos de la 2da. Enseñanza en la cultura cubana”,² el profesor universitario e historiador Elías Entralgo, refiere cómo en la Orden Militar número 267 (30, VI, 1900), al propio tiempo que se introducían, con carácter electivo, los estudios de cosmología, biología y sociología, se dictaba la supresión del latín, con lo cual las ciencias naturales ganaban esas nuevas y liberales conquistas en el mismo acto en que se borraba el latín del mapa del bachillerato.

² Entralgo, Elías, “Carrería sobre los elementos históricos de la segunda enseñanza en la cultura cubana”, en *Universidad de La Habana*, 35, marzo-abril, 1941, pp. 18-26.

Señala luego que quien realizaba esa destrucción cartográfica era Enrique José Varona, que había aprendido esa habla desde la infancia, que la había profesado con especial dedicación, en clases privadas o en colegios particulares, a lo largo de dos lustros (1885-1895), que gustaba de tomar de la misma aforismos para sus citas, y que de la provechosa lectura de sus clásicos y del dominio de sus raíces castellanas había extraído no poco para su soberano estilo. Piensa que con pena debió llegar al propósito de tal desaparición, pues ir tan decisivamente contra el latín debió significar para él, en gran medida, un modo de ir contra sí mismo. Considera, por último, que la más reciente convicción filosófica positivista de Varona, por una parte; y por la otra, la necesidad urgente, apremiante, de construir, con estrechas limitaciones financieras, la cultura intelectual de una república nueva sobre los residuos de una colonia, le llevaron a preferir materias de inmediata utilidad para las generaciones que tenía delante, abandonando las que representaban un pasado de formalismo retórico o simbolizaban el culto a un tradicionalismo retrógrado.

De las causas expuestas por Entralgo, quiero destacar, por considerarlas de mucho peso y dignas de tenerse en cuenta, la referencia a la “más reciente convicción filosófica positivista” del Reformador, y la necesidad urgente, apremiante, de construir una república nueva sobre los residuos de la colonia, y como consecuencia de ellas, los requerimientos de materias de utilidad inmediata.

En la misma dirección que Entralgo, orientan su enfoque las profesoras universitarias Vicentina Antuña Tavío y Elena Caldúch en su ponencia “Los estudios clásicos en la Universidad de La Habana” (1878).³ Opinan las autoras que nuestro eximio filósofo y patriota esclarecido, con muy exacta visión

³ Antuña, Vicentina, y Elena Caldúch, “Reseña histórica de los estudios clásicos en la Universidad de La Habana”, en *Universidad de La Habana*, 236, septiembre-diciembre, 1989, pp. 191-201.

de las condiciones económicas de un país recién salido de una guerra por demás cruenta y devastadora, de la situación y las necesidades educativas y culturales, y con bien definidos criterios no improvisados sino largamente meditados, de cómo afrontarlos, elaboró su plan sobre bases realistas y con el propósito encomiable de dar un vuelco al estado de cosas imperante.

Subrayan el hecho de que como antes el Padre Varela, Varona ataca los defectos e insuficiencias de una enseñanza excesivamente teórica y libresca, sin orientación práctica, y desvinculada de los intereses sociales; y reconocen cómo la implantación de su plan abrió nuevos horizontes a la juventud con la creación de nuevas carreras universitarias muy necesarias para el país, como las de Pedagogía, Ingeniería, Arquitectura y Agronomía, y con la dotación de laboratorios para la experimentación en las facultades que las requerían. Se lamentan, por último, de que la incuria y el abandono de que fue objeto la educación por los gobiernos que se sucedieron en nuestra república neocolonial, junto con el peso de la tradición y otros factores de índole social, frustraron aspectos fundamentales de la reforma de Varona, de la que, al cabo, apenas si quedó algo más que la estructura formal de los planes de estudio que elaboró.

Varona —como se sabe— no sólo suprimió los estudios de latín de la segunda enseñanza (bachillerato preuniversitario), sino también los cursos de latín y de griego que se ofrecían en algunas facultades universitarias, como la de Medicina. Su plan, que perduró *mutatis mutandis* hasta la caída del dictador Gerardo Machado (1933), concentró los estudios clásicos en la Escuela de Filosofía y Letras, en la que estableció las cátedras de Lengua y Literatura Latinas (3 cursos), Lengua y Literatura Griegas (3 cursos) y Filología (1 curso) y unida a Lingüística (1 curso), en una misma cátedra.

En las palabras de las doctoras Antuña y Caldúch, continuadoras de la tradición clásica en Cuba y forjadoras de varias

generaciones de especialistas, no se encuentra ninguna referencia a la conocida filiación positivista de Varona, por lo que al parecer no le conceden mayor influencia en su actuación. Tampoco hay censura o reproche a su medida, sino por el contrario, plena aprobación.

Por otra parte, las recordadas profesoras atribuyen las causas del fracaso del plan, no al plan mismo, sino a quienes debieron darle continuidad y apoyo y no lo hicieron.

Estos criterios coinciden con los que había expresado en 1951 el profesor, poeta y político Manuel Bisbé Albertini en su documentado estudio “Varona y los clásicos”.⁴ Según él, dada la formación humanística de Varona, lo más lógico era pensar que el filósofo se hubiera inclinado a un bachillerato clásico, y que lejos de suprimir el griego y el latín, hubiera intensificado estos estudios en el bachillerato. Advierte que Varona como reformador de la enseñanza —al actuar como secretario de Instrucción Pública del Gobierno Interventor— no se produjo en humanista, sino que lo que quiso ver fue la realidad educacional de la colonia, y cómo podía la República en sus primeros años superar ese cuadro terrible. Afirma que no es que el insigne pedagogo menospreciara el griego y el latín en el bachillerato, sino que pensaba con razón que hubiera sido absurdo preocuparse por el momento, con las dos terceras partes de la población de analfabetos, en esas disciplinas, ya que lo que hacía falta primordialmente era enseñar a leer y escribir, no a traducir textos griegos y latinos.

Después de ofrecer datos sobre la situación educacional que dejó el gobierno colonial en Cuba (un millón de analfabetos de una población de millón y medio de habitantes), concluye Bisbé que no se puede, pues, juzgar la reforma de Varona prescindiendo de las realidades educacionales del momento, por lo que rechaza toda contradicción entre la fuerte preparación humanística del pensador y la supresión del grie-

⁴ Obra citada en n. 1, pp. 56-81.

go y del latín en el bachillerato, puesto que era lo que se podía y debía hacer.

Reconoce finalmente el destacado profesor que el plan rigió mucho más tiempo del previsible para el propio Varona, lo que ya no fue culpa del filósofo, sino culpa de los cubanos que le siguieron en la dirección de la enseñanza pública, que no quisieron o no pudieron entender que la única reforma de la enseñanza es aquella capaz de convertir la reforma en un movimiento, capaz de proponerse nuevas metas y de cambiar siguiendo el impulso de las necesidades sociales y de las inquietudes del momento.

Poco difieren de las palabras anteriores las expresadas por Max Henríquez Ureña en su *Panorama histórico de la literatura cubana* (La Habana, Ediciones R, 1968, t. 2, pp. 77-78). Según el crítico e investigador, el plan —que llenó una necesidad del momento— no podía tener otro carácter que el de provisional como el gobierno que lo promulgó. No se preocupó sin embargo el Poder Legislativo de la República de discutir y aprobar una Ley General de Enseñanza que viniera a sustituir ese plan y dejar subsanadas sus inevitables deficiencias, por lo que se mantuvo vigente cuando hacía ya tiempo que se habían modificado sustancialmente las circunstancias que determinaron su adopción. Considera, por último, que, de todas suertes, el Plan Varona tuvo el indiscutible mérito de desterrar los viejos métodos de base memorística y libresca y hacer que la enseñanza fuera esencialmente experimental y objetiva.

Pero sin duda, quien mejor ha enmarcado en el contexto histórico social cubano la reforma de Varona ha sido el escritor y político Carlos Rafael Rodríguez en su discurso por el 250 aniversario de la Universidad de La Habana (1978).⁵ Se refiere allí el orador a que no faltaron al comienzo de la falsa República los intentos por dotarnos de una enseñanza superior

⁵ Rodríguez, Carlos Rafael, “Una lección de optimismo y firmeza”, en *Universidad de La Habana*, 208, abril-junio, 1978, pp. 164-179.

más atenta a los requerimientos de la nación que era necesario desarrollar, como los llevados a cabo por Enrique José Varona, continuador de la línea de Varela y de Luz, y su principal personero. Añade que en esa época el pensamiento de Varona encarnaba todavía las ideas más adecuadas para el desarrollo de una burguesía que después de fracasar, durante el siglo XIX por los caminos del reformismo y de la lucha armada, había tenido que encarar las condiciones históricas que el neocolonialismo le planteaba. Por ello quiere Varona —dice— una educación moderna, abomina del clericalismo y sostiene que educar a los jóvenes en escuelas religiosas es mutilarles el alma; denuncia los peligros del monocultivo y la dependencia del mercado norteamericano, contra los cuales nos había precavido ya José Martí. Y postula una política de diversificación agrícola e industrial que nos pusiera a cubierto de aquellos riesgos.

Precisa Carlos Rafael Rodríguez que la plataforma educacional de Varona para la enseñanza secundaria y universitaria está determinada por esos objetivos históricos: no busca la formación de minorías cultas a expensas del pueblo. Y lo cita textualmente para que no queden dudas: “Lo que importa es el nivel de vida material, intelectual y moral de la generalidad”. A continuación agrega el autor de *Letra con filo*:

Él, que dominaba los clásicos griegos y latinos, conocedor profundo de las literaturas contemporáneas y europeas, depurado estilista que señoreaba en las entrañas del idioma, poeta exquisito, afirmaba, sin duda con exageración pero con una esencial sabiduría, que a Cuba le bastaba con dos o tres literatos, pero necesitaba centenares de ingenieros. Abrir caminos —decía— canalizar ríos, alcanzarillar poblaciones, limpiar puertos, encender faros, desmontar buques, explotar minas, mejorar en todos los sentidos nuestras condiciones de vida natural... es lo que necesitamos, antes de sentarnos a saborear a Virgilio o descifrar a Horacio.

Reconoce finalmente el cienfueguero que la Universidad de Varona no pudo surgir, porque la burguesía, que estaba llama-

da a llevar adelante esa obra de transformación de la Cuba que nos había dejado el colonialismo, no tuvo el coraje ni la capacidad para ponerse al frente de la tarea. El ímpetu independentista de la burguesía criolla había quedado agotado con la Guerra de los Diez Años.

Concluye el orador señalando cómo en nombre de Horacio y Virgilio, en defensa hipócrita de una cultura humanística que les era indiferente, combatieron y derrotaron los planes educacionales de Varona quienes jamás habían leído ni leerían a Virgilio u Horacio, los que abrieron las puertas al capital invasor y preferían el ingeniero yanqui al técnico criollo.

No obstante, en su discurso de 1983, con motivo de otorgársele el título de Profesor de Mérito de la Universidad de La Habana, el propio Carlos Rafael, al tiempo que ratifica su valoración histórica de la actuación de Varona, agrega un matiz que había omitido en el de 1978 por el 250 aniversario y al que se refería Entralgo:

Tal vez —apunta— [...] según he dicho en otra parte, su positivismo filosófico lo llevó demasiado lejos en el ánimo de proscribir las humanidades que habría podido, sin embargo, incorporar como parte aprovechable del nuevo edificio académico.⁶

De aceptarse en alguna medida esta influencia, por demás difícil de probar, pero más aún de negar, sería aplicable a Cuba en la época de Varona el criterio del mexicano Alfonso Reyes, quien al referirse a la situación del latín en su país admite que “quizás el positivismo reinante en las escuelas fue, *a sabiendas o no*, descartando en ellas toda planta de humanidades, de manera que los estudiantes de principios de siglo no aprendieron ya latín”.⁷

⁶ Rodríguez, Carlos Rafael, “Palabras del Dr. Carlos Rafael Rodríguez”, en *La Universidad de La Habana al Profesor de Mérito Carlos Rafael Rodríguez en su Septuagésimo Aniversario*, La Habana, M.E.S., 1983, p. 34.

⁷ Reyes, Alfonso, “Discurso por Virgilio”, en *Ensayos*, La Habana, Casa de las Américas, 1968, p. 100.

Aun así, hay que reconocer que Varona actuó no sólo con honestidad científica al poner a un lado su formación, gustos y preferencias —pues nunca abandonó el contacto con los clásicos, de lo que puede dar fe la lectura de *Con el eslabón*—, sino que procedió con sabiduría y madurez. Hay que recordar que su pensamiento educacional venía forjándose desde mucho antes de ocupar el cargo de secretario de Instrucción Pública. En cuanto a las letras clásicas, ya en 1878 en “El iotismo en la pronunciación del griego clásico” publicado en la *Revista de Cuba* había dicho:

Bien convencido estoy de que el griego no subsistirá como asignatura obligatoria en la segunda enseñanza y creo razonable y conveniente que así suceda; pero como esto no supone que se abandone su estudio, el cual entra naturalmente en el cuadro de la Facultad de Letras, antes al contrario que adquiera la importancia de que hoy carece; no estimo fuera de propósito mi empeño.

Y en 1894 en su artículo de *El Fígaro* titulado “Lenguas antiguas y lenguas modernas”,⁸ el autor de *Odas anacreónticas* reparaba en el hecho de que el conocimiento de las lenguas antiguas, más que a la cultura general toca a los estudios especiales. “El latín y el griego —precisa— son instrumentos preciosos en manos del humanista, del filólogo, del lingüista, del arqueólogo, del historiador de la antigüedad”. Advierte a la vez que el hombre moderno necesita saber muchas cosas que —¡aunque nos resulte difícil decirlo!— son más importantes que las lenguas sabias; y que en los estudios, hoy más que nunca, se impone la división del trabajo. Por eso —agrega— que al que ha de dedicarse a las profesiones activas, a las que demanda de un modo más inmediato la vida moderna, son mucho más necesarios otros conocimientos, y en los idiomas,

⁸ Varona, Enrique José, “Lenguas antiguas y lenguas modernas”, en *El Fígaro*, La Habana, 1894, p. 586.

bastante más los modernos que los antiguos. Y seguidamente aclara:

No vaya a entenderse que quiero desvirtuar los servicios que pueden prestar a la cultura las lenguas antiguas. Lo que deseo es que nos fijemos en el campo mental en que son realmente fructuosas; y en que para serlo han de estar manejadas por verdaderos especialistas.

Para concluir:

No pretendo que dejen de enseñarse en Cuba las lenguas sabias, pero quisiese que no fuesen obligatorias sino para los que se dedican a estudios especiales. Para la generalidad de los alumnos prefiero sin titubear las lenguas modernas. Somos un pueblo nuevo, obligado a vivir en contacto y competencia con los pueblos modernos más activos y progresistas. El comercio con sus ideas nos es tan necesario como el comercio con sus productos. Y la llave de oro del comercio es la lengua.

Finalmente se pregunta cuántos catedráticos de griego necesitamos en Cuba, y responde: “Pocos desde luego, porque hoy y aun por el mañana próximo un humanista es y será un artículo de lujo entre nosotros. Y estamos pobres, aunque haya empeñados en creer y decir lo contrario”.

Con estos criterios sobre la enseñanza de las letras clásicas enfrentó Varona, seis años después, los reparos y objeciones a la supresión del latín en la Segunda Enseñanza. Sus palabras son firmes, concluyentes:

A esto sólo contestaré que hace más de un cuarto de siglo que en Cuba no se hacen estudios clásicos. El latín en nuestra Segunda Enseñanza era un peso muerto, una carga inútil. Dirán que debía restaurarse. No lo creo. Necesitamos recuperar el tiempo perdido; y no es haciéndolo malgastar en un estudio de mera erudición como se pone un pueblo a nivel de los que están transformando la tierra, y la sociedad, en torno suyo [...] Ni siquiera

como disciplina del intelecto puedo admitir que debamos preferir los cubanos el estudio de las humanidades al de las ciencias. La enseñanza clásica preferida a la enseñanza científica significa la imitación preferida a la observación directa. Los problemas que tenemos delante son vitales; no es con la imaginación y el buen gusto con los que se abordan victoriamente, sino con el cálculo, la previsión, el manejo de los instrumentos, la aplicación de las máquinas y la consulta de las tablas estadísticas.⁹

Poco después, en respuesta a las críticas, Varona precisa aún más sus criterios sobre el latín:

¿Dónde y cuándo, señores míos, he dicho que no me gusta el latín, ni que esa venerable lengua no sirve para nada? En cuanto a lo primero no sólo no lo he dicho, sino que declaro formalmente que el latín me gusta muy mucho. En cuanto a lo segundo declaro paladinamente que es utilísimo su estudio, para los lingüistas de verdad, para los filólogos de veras, para los humanistas de profesión, para los historiadores de la civilización occidental y sus auxiliares.¹⁰

No pueden verse estos criterios al margen de los debates educacionales de la época, de los cuales José Martí fue un cronista admirable. En sus trabajos de la década de 1880 a 1890, reseña y comenta el Apóstol la reforma en los colegios y universidades norteamericanos, que hoy sabemos no fueron espontáneas sino una consecuencia del período de transformación del viejo capitalismo en imperialismo cuando la burguesía necesitaba por una parte, trabajadores de muy alta calificación y, por la otra, la preparación de la clase dominante para dirigir la sociedad y el Estado. Veamos algunos de los juicios del Maestro y compárense con los de Varona, expuestos anteriormente.

⁹ Varona, Enrique José, "Las reformas en la Enseñanza Superior", en *La Universidad de La Habana* (Bosquejo histórico por el Dr. Juan M. Dihigo...), La Habana, Imprenta "El Siglo XX", 1916, p. 217.

¹⁰ *El Fígaro*, XVIII, 46, 1902, p. 566.

Unos mantienen que el griego y el latín son de cabo a rabo inútiles. Ni el griego ni el latín han saboreado [...] los que dicen esto. Pero este es saber de gala y regocijo de la mente dada a las letras, y nacida para ellas.¹¹

A la batalla de los presidentes volvemos ahora, que así se llama el libro en que corren expuestas las razones por las que Harvard, repitiendo, y no con menor riesgo, las hazañas de Tomás Moro en los tiempos escolásticos, va reemplazando la mera educación literaria, útil solo, cuando es exclusiva a los maestros de bellas artes, por aquella otra más eficaz y sensata, que a la par que afina con el conocimiento de las mejores obras del espíritu las tendencias ásperas de la naturaleza del educando, le prepara en el estudio de las fuerzas corrientes y en el modo de aprovecharlas a vivir de propio derecho, y no a merced de la tradición.¹²

Y no está la reforma completa en añadir cursos de enseñanza científica a las universidades literarias, sino en crear universidades científicas, sin derribar por eso jamás las literarias.¹³

Los del oficio literario apréndanlo todo [...] pero para vivir, apréndase lo vivo en las lenguas vivas donde se contiene lo nuevo y lo viejo, y no en las muertas donde solo lo viejo está.¹⁴

Bienvenido ha sido, pues, y merece serlo, esta decisión de Harvard de ir acercando a la vida la educación universitaria, y poniendo a los alumnos comunes más cerca del alemán y el francés que del latín y el griego, sin cerrar por eso —que eso jamás debe hacerse—, a los que sienten afición por las letras, o a los que quieren conocer con más fijeza las fuentes del idioma que hablan, aquellas cátedras de lenguas y literaturas antiguas, donde se coge la flor del espíritu nacida al calor de un cielo azul, en bandejas de plata.¹⁵

Indudablemente se observan puntos de contacto entre el pensamiento de Martí y el de Varona, aun cuando sus juicios no

¹¹ Martí, José, *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1966, t. 8, p. 429.

¹² Ibídem, t. 10, p. 365.

¹³ Ibídem, t. 8, p. 282.

¹⁴ Ibídem, t. 13, p. 458.

¹⁵ Ibídem, t. 10, p. 236.

se aplicaban a idénticas circunstancias —ya se han visto—. De manera general se puede concluir que en ninguno de los dos hay rechazo a las letras clásicas. De lo que se trata, por lo tanto, no es de la supresión del griego y el latín, sino de su ubicación en las carreras exclusivamente literarias o filológicas. En ese sentido la Reforma Universitaria de 1962 fue consecuente con las ideas de José Martí y Enrique José Varona al crear un departamento de Lingüística y Letras Clásicas y una Licenciatura en Lenguas y Literaturas Clásicas, formadora de los especialistas que nuestro país de fuertes raíces grecolatinas requiere, y donde encuentran sus puertas abiertas los jóvenes de irrevocable afición por las letras y por las fuentes del idioma. Cuarenta años después y luego de graduar a alrededor de cincuenta profesionales, la formación clásica continúa en la Carrera de Letras de las universidades del país y en la Maestría en Filología y Tradición Clásicas de la Universidad de La Habana, como homenaje a la mejor tradición pedagógica cubana y a sus más lúcidos representantes.